

AÑO XX.—NÚM. 5664

23 DE ABRIL DE 1880.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.
Viernes 23 de Abril de 1880.

TEATRO MAIOR.

Se están ensayando para ponerse en escena á la mayor brevedad *El Ejemplo, Ho- rra del cielo, La Esposa, El secreto en el espejo* y otras.
El despacho de localidades está en la tienda de D. Ginés Blanca, calle Mayor, de 10 á 12 de la mañana y de 4 á 6 de la tarde, y de esta hora en adelante en la taquilla del teatro.

ECOS DE MADRID.

22 de Abril de 1880.

¡Pero que afición á lo ajeno! Nada sirve venir á Madrid desde los pueblos de la provincia de Toledo, donde según parece para librarse de los bandidos hay que pagarles una contribución. En la corte misma, tan poblada de guardias de órden público, el porta monedas y el reloj en la calle, los billetes de banco, el papel del Estado y las alhajas en las casas, corren peligro de cambiar de dueño al menor descuido de sus poseedores. Y como si esto no bastara hasta de las cartas procedentes de Cuba se sacan las letras de cambio, medio el más fácil de conseguir dinero ultramarino sin pasar el charco ni esponerse á la fi- bre amarilla.

Pero esto que por lo visto es del agrado de los que quieren hacerse ricos á toda costa y con poco trabajo desespera á los que aguardan fondos de la Habana y se encuentran sin ellos.

Algunos comerciantes y banqueros han ideado establecer un servicio especial de carteros viajeros. Es- téril remedio. Los secuestradores de cartas son capaces de escamotear de un solo golpe carta, letra y viajante.

Paes y las falsificaciones? Se ejecutan con tal arte que ya no sabría uno al tener una moneda, un billete, un título de la Denda, un recibo ó una credencial si es verdadero ó falso lo que tiene.

Por último ni aun la tranquilidad de espíritu dejan á uno los aficionados á lo ajeno. A lo mejor anda uno descuidado por la calle y... ¡cata! ¡plum! un petardo. Hay sustos, hay carreras, empujones y cinco minutos de pues exclaman unos cuantos infelices.

—Me han robado el reloj!

—Ha desaparecido mi portamonedas!

—Me han arrancado el alfiler del pecho.

Quizás los petardos de Zaragoza no han tenido otro objeto que aligerar el peso á los peregrinos.

Pero si abundan los tonantes, no faltan por fortuna hombres de bien.

Dos dependientes de los más humildes de la caja de ahorros y Monte de piedad de Madrid han demostrado hace poco que la honradez no es una palabra vana.

El tesorero de la caja de ahorros, hizo su caja, encerró sus caudales y seguro de que había guardado todo el numerario se fué.

A la mañana siguiente el encargado de asear las oficinas encontró en un rincón un talego con un millar de duros. Nada más fácil que apoderarse de ello; pero no señor, los guardó cuidadosamente y los entregó á su dueño.

Pocos días antes al desempeñar una señora en el Monte de Piedad unos pendientes, notó que en uno de ellos faltaba un brillante.

Reclamó y no hubo más remedio que darle en metálico el valor de la piedra perdida.

Nadie se acordaba ya de este suceso, cuando otro mozo al sacudir un ruedo ó afelpado vé brillar un objeto. Era el brillante estraviado. Conocía su valor, estaba solo, podía haberlo guardado, pero la nobleza de su alma le aconsejó entregarlo á sus jefes.

Estos dos hombres honrados disfrutan un modesto salario. Pero hay algo superior á la fortuna: la tranquilidad de conciencia.

¡Cuéntenselo ustedes á los aficionados á lo ajeno y verán que sonrisa tan maliciosa asoma á sus labios.

La compañía italiana que actúa en la comedia triunfa en toda la línea. El público llena las localidades y los gomosos enriquecen su conversación con palabras del idioma del Dante.

—Mia cara!

—Diletta.

—Benissimo.

Hè aquí lo que se oye todas las tardes en la carrera de San Gerónimo y todas las noches en el teatro. Virginia Mirini ha llamado la atención hasta de los médicos en la *Dama de las Camelias*.

—No es posible imitar la tisis con más propiedad! dicen los doctores.

—Estoy seguro de que cuando agoriza tiene todos los síntomas de la cruel enfermedad, añaden.

Eso es lo que se llama una tisis moral! exclamó un gomoso queriendo hacer una frase.

La verdad es que la actriz que goza de perfecta salud y por añadidura está de buen año, en el último acto de la *Dama de las Camelias* parece que se muere por momentos.

Oh! prodigios del arte! decía un poeta.

—No crea V.; esa muger está todas las noches en el tercer grado de tisis, pero la cura el doctor Garrido.

El teatro de la Alhambra lleno, el circo de Parisch concurrencia, en Variedades y en Esava hay que tomar billetes con anticipación. Apoyado con sus dos funciones económicas es el encanto de las pequeñas bolsas.

Por las tardes no hay quien deje de asistir á la rifa del Ministerio de Ultramar.

—A comprar billetes.

—No á tomar unos deliciosos pastelillos á red que venden las damas más bonitas y elegantes de Madrid.

—Dar un real por lo que cuesta medio en cualquier pastelería.

—Y el servicio?... donde me deja V. el servicio?

—Pero niña no te vistes... mira que ya es muy tarde.

—Ya voy mamá.

—Hace dos horas que estas con ese libro.

—No me interrumpa V. voy enseguida.

—Que estoy cansada de esperarte.

—Me faltan cuatro páginas.

—¡Vaya! no aguardo más... me marcho con tu hermana.

—¡Ay! si... si... vayanse Vdes... Con eso cuando acabe empezaré de nuevo.

—Pero que es lo que lees con tanto afán.

—*El tren directo*, una bellísima novela de Ortega y Munilla. Directo es el tren en que la fama lleva al inspirado novelista al país de la estimación y del aplauso.

Han llegado á mis manos algunos libros de los que voy á dar cuenta.

Una página de amor. Del famoso novelista francés Emilio Zola, publicada por el nuevo é inteligente editor D. Alfredo de C. Hierro. La he leído de un tiron sin poder dejar el libro de las manos; es, quizá, la novela más interesante del escritor que con su naturalismo está dando que hablar en Paris.

D. Jesus Pardo y Valle ha publicado una bonita colección de cuentos y leyendas, cuya lectura recomiendo á los lectores.

Los que quieran pasar un buen rato deben buscar el opúsculo que con el título de *Rubias y Morenas*, polémica en verso han escrito y publicado los Srs. San Martín y Aguirre y Lluh y Soler. La sentencia es de Félix Pizcueta, y como actuario firma Melchor Baltasar Mejía. Pero los abogados son los que más brillan en este pleito:

—Por mi parte, decía uno después de haber leído el opúsculo, son como el personaje de la canción «Me gustan todas.»

Los quintos que aun no han podido redimirse están desesperados, sobre todo los de levita.

Hasta que piquen ó presenten sustitución tienen que ir al cuartel y allí se divierten con ellos de lo lindo los soldados de verdad. Hay un cabo que apenas ve entrar á un señorito le pone la soba en la mano y le dice—Á barrier!—Dos reales ó una peseteja libran al quinto de este servicio; pero poco después añade el cabo:

Coja V. un capacho y vaya V. á traer patatas para el rancho. Otro esfuerzo de generosidad deja al quinto elegante de convertirse en ranchero.

Gracias á esta industria el tal cabo que es un verdadero cabo sueito y hasta resuelto va á proporcionarse una posición á pedir de boca.

F. NOMBELA.

VARIEDADES.

Solucion á la charada anterior:

MARAVILLA.

Charada.

Con la *prima* canto
Con la *dos* tambien.
Con la *tercera* se viste
de elegancia la muger.
El *todo* es un imposible
Aunque dicen no lo es.

A. A.

La solucion en el número próximo.

CRONICA.

A consecuencia del mal estado en que se encuentra la fragata *Blanca*, es probable se habilitó la *Navas de Tolosa* ó la *Cármén* para escuela de guardias marinas.

Una fiesta á 315 metros de profundidad.

El domingo 18 tuvo lugar en el magnífico establecimiento número de Almadén una fiesta sorprendente y original por más de un concepto.

Se trataba de inaugurar las primeras obras del undécimo piso de labores de aquella mina, para lo cual la dirección facultativa dispuso un almuerzo en la cortadura ó plaza de amaine, magnífico salon abovedado de 11 metros de largo por 9 de ancho y 4.50 de altura en la clave. Los convidados, entre los que se veían animosas y distinguidas señoras, descendían á aquella profundidad cómodamente instalados en jaulas provistas de aparatos para caídas, y movidas por una poderosa máquina de vapor. A la profundidad de 315 metros el efecto era sorprendente y los convidados expresaban su admiración con estrepitosas salvas de aplausos.